

Guadalupe Santa Cruz

El contagio

Trabajo para el horno de este recinto, el Pedro Redentor. Estoy en el sótano, con las calderas.

Soy nutriente de nuestra galera, el más imponente de los hospitales públicos. Soy una mano, dedos que moldean el bolo alimenticio y lo echan a rodar por los corredores del pontón.

Arriba manipulan el recetario, en el subsuelo manoseamos las recetas.

Subo y bajo, entro y salgo del ascensor de servicio que se mueve por secos espasmos, entrechocando ligeramente con las paredes de la caja. A través de las barras de hierro de la puerta corredera se pueden ver los muros despintados. Largas goteras de agua y hollín han seguido sobre aquella superficie el movimiento descendente hasta los subterráneos.

Allí vamos a las sobras. Somos el resto de cuanto no cupo en el titánico dispensario, aquello que está a los pies, detrás del escenario de silenciosos y blandos cuidados. Convivimos en esta semipenumbra con los balones de oxígeno vacíos, en el hall de distribución que antecede a la cocina. Al igual que nosotras, esperan allí su turno para subir a alimentar. Redondos y tercos, parecen artefactos malogrados que disimulan un afán, el alma de pulmón que sólo van a lucir en los pisos superiores.

Yo vuelo por los pasillos. Apenas pisa suelo el lento ascensor, corro las rejillas con un gesto maquinal—hay que cargar la fuerza en el tronco y apoyar el codo para abrir, pues una bandeja inmoviliza las manos o me absorbe el equilibrio del carrito de distribución— y deslizo fuera el cuerpo. Realizo esta secuencia poniendo atención en la gracia que despliego para zafarme del pesado mecanismo, librarme de la humedad y esquivar el óleo resquebrajado del corredor. Para eludir los vidrios rotos en la doble puerta de entrada al sector de la alimentación. Para diferenciarme de la plaga de baratas que hemos combatido en las últimas semanas, mimetizadas ellas también con el musgo de codos y cantos, con las oscuras uniones de la cañería que irriga a nuestro sanatorio.

Odio ser parte de este ejército de blancos delantales, de esta congregación forzada a hacerle votos a la limpieza, siempre inclinada sobre otros, ofreciendo una preparación que les debe procurar salvamento.

En cuanto puedo me alejo del montón, porque allí, apelonadas a la hora de colación, somos una coliflor humana. Nuestros rostros, marcados por la vida de cada una y por la falta de luz en los subterráneos, asoman de los albos gorros que ciñen las cabezas desde la raíz del cabello hacia atrás, provocando una

grotesca deformidad. Ningún defecto escapa a esa implacable franqueza capital, nuestros rasgos accidentados quedan al desnudo. Me molesta la humillación a la que somos sometidas en esta despojada presentación de nuestro aspecto. Para reponerse, el enjambre se pinta un segundo retrato sobre la piel. Alucinadas por la fragancia que desprende la cosmetiquera, las alimentadoras trajinamos en el rosa de la base facial, en las sombras para párpados lila y turquí, en el lápiz labial de la gama granate que hace juego con el esmalte descascarado en las uñas. Estiramos o languidecemos los ojos con el delineador, combamos melancólicamente las pestañas con la cuchara, arqueamos las cejas, fingimos rubor con el colorete de los pómulos, palidez con los polvos en la sien. El perfume de los pigmentos nos distrae del aire fermentado en el subsuelo, y en los pisos de arriba, por sobre todo, espanta los efluvios de cocina que corrompen nuestro servicio.

Somos deportistas del amor. Entramos en nuestro traje ceñido con ademán de afilar un arma, de afinar un instrumento. Como escuálida malla, el uniforme moldea nuestra silueta, hace lucir el navío. Nos roza sin cesar, nos recuerda.

Nuestro ensayo no tiene calendario. En luz y sombra vigilamos la tersura de la piel, acallamos esas notas falsas, de locura, que se pegan a la voz, reducimos los pies, abreviamos boca y cintura. Somos atletas de lo diminuto. Para caber es que trabajamos.

Por todas estas razones somos carne de cañón, somos presa fácil, mercado barato, feria de día fijo, remate al mejor postor.

Hay poco por qué pelear. El de los mandados, el bodeguero, los dos del aseo y el aprendiz de cocina. Cuando hay una de nosotras con infección, se sabe rápido de otras que la comparten. Pero de eso hablamos en las casitas, antes de irnos. Porque en medio del servicio, y en nuestra hora de colación, hablamos de los hijos, sólo de las enfermedades de nuestros hijos.

No celebramos la comida. Es la rutina, el elemento de nuestras pegajosas relaciones. Ninguna de nosotras está a gusto en el Pedro Redentor, todas quisiéramos estar más allá, y ese otro lugar es el plato de fondo de todos nuestros intercambios, del modo en que nos medimos y nos custodiamos. Lo que nos ponemos en boca es el acompañamiento, siempre desabrido, de un gran menú diario sin sorpresas ni sobresaltos.

Cuando ocurre algo que rompe la monotonía nos abalanzamos sobre ese agregado, lo condimentamos hasta la saciedad. Que la Leticia se fuera a mejorar de otro vástago de Luis no salía de lo ordinario. Era parte de nuestra misma cadena, del rosario rezado al derecho y al revés. Se trataba aún de nosotras, hasta el cansancio, revueltas en el esófago del hospital, con los cachureos y los desechos.

(...)

Lavaba los platos en silencio. Mientras las manos se desplazaban con descuido y maestría entre la lavaza y el aparador, pegaba la cabeza al escote y me dejaba absorber por las gotas perladas de sudor que iban formándose entre mis pechos. Me encontraba solitaria en la tarea, había apagado el transistor de la cocina y percibía de pronto, como una marejada, el tintineo creciente y ensordecedor de la loza y el servicio entrechocando sobre el secador de aluminio. Tal vez se hubiera recalentado la cocina y los vapores del agua me habían empañado la cabeza. Sentí que los platos estaban siendo golpeados, lenta y metódicamente, hasta formar un concierto de quejidos que gritaban en mi oreja. Cerré los ojos.

Escuché el gorgoteo viscoso de la masa informe desechada con un gesto brutal, resbalando luego por las paredes blancas del lavatorio. Como un bulto aún en vida que se manipula sin asco, arándolo de daño, tumefacto y congestionado.

Rodaba en el recipiente de loza sin debatirse, con húmedo estruendo. Humillado en su destrozo, disminuido: era una irrisoria bolsa de carne humana que estallaba, luego del cuarteo carnicero, como anatomía indagada hasta el límite de resistencia y vencida. Fruto de un trabajo sin pasión: rutina funcionaria en ejercicio formal y numérico.

Caerían después unos tras otros, diferenciados sólo en el umbral del dolor. Cada rostro duraría un segundo, sería anegado minutos más tarde. Sumándose a otros, cual goteo regular de suero: una lágrima, luego otra. El tiempo conquistado contra el tiempo, ensañándose sobre un cuerpo cuyo transcurso no libraría la clave propia, en convivencia hermética con su sangre.

Como campanadas en los tímpanos, estrellándose en el centro del cráneo, escuché el ruido sordo de aquel paquete de posta forzado a deslizarse por la pendiente blanca del lavatorio, hacia el escurridero. Se le iba a alguien la vida. Caía con un seco chapoteo el cadáver envuelto que se lanzaba al mar. Era un portazo bajo el agua. El último chasquido de la lengua que se lubrica antes de escupir, antes de callar.

Entré en la pieza 83 alertada por ese ruido extraño que me habitó la tarde entera, y lo vi por primera vez volcado, en plena incapacidad. Parecía una estatua destituida, decapitada por la furia ciega de algún movimiento insurreccional. No, el olvido era más profundo: pendía su honor por la cuneta del suelo, alguien había precipitado inadvertidamente su busto, rozándolo apenas, con un gesto desdeñoso, carente de fuerza.

Yacía ahí presa de su caída, despeñándose aún en el tiempo, con el vértigo pegado a los hombros, que llevaba encogidos. Las arrugas en su frente estaban

borrachas, y los ojos conservaban un estupor sin nombre, un asombro fijado en las pupilas.

Retrocedí.

Me sentí haciendo frente al insecto humano de *La Metamorfosis*, no quise ver sus pies pateando hacia el techo, el peso de su caparazón hundido en la cama, espantándose hacia abajo. Me humilló su impotencia, se revolcaron en mí los lastres que vivo. No he logrado subir, estoy al pie del edificio, pegada siempre al suelo, me dije. Una pirámide oscurece mi sol. Y no quiero verlo así, como cucaracha en estado de horror ante sí mismo, ensayando caminar hacia arriba, con la base extraviada.

Ya en la puerta, no miré hacia atrás. Me aferré a la manilla y no experimenté compasión. Reconocí mi sello. Mi duelo. Me era imposible remediarlo.

(...)

Yo, Laura. soy este nombre al cual debo acostumbrarme, ahora que todas las palabras sufren la economía de este cuarto como área restringida. Sé que las letras son redondas: escribo para que ellas salgan del cuadrado de esta fortificación. Materno mi propia voz. Esta leche oscura es salvia blanca en la garganta, me asusta y alimenta a la vez, medicina mis días.

Fui nuevamente conducida anoche ante mi falta.

No quería matar, no sabía lo que era: matar. Mas lo había hecho: algún deseo, cuya forma olvido, me hacía cometer aquel acto que los custodias nombraban por crimen al escoltarme en el vehículo oficial. En la banqueta trasera aprendía de pronto esta ley, la recordaba. No podía reconocerla, sin embargo. Sólo su designación me era familiar. Salivaba al deletrearla en la repentina velocidad de la comprensión, se abultaban los guardaespaldas a cada costado de mi cuerpo, el automóvil se cerraba sobre mí.

Desperté viva.

Mis pezones sujetaban las sábanas, las caderas y los dedos de los pies completaban al otro extremo una precaria y tibia choza contra el sueño malo de la noche. Pensé en el frío de los tribunales, en los rectos y duros banquillos que separan a los culpables, aislándolos de su pasión. Pensé en el cuerpo escrito, en las tablas y las fojas.

No puedo contraponerles cosa alguna más que esta tartamuda redacción, que es mi pulso. Yo, Laura, retratándome ante un espejo en el cual no me contemplo. Yo reescribiendo mis cuadernos escolares, sin ortografía, sin el desgaste de la hoja borroneada hasta perforarla con furia y piñén.

Es cierto que callé.

Reconozco que no hablar la ira que me habitaba fue mi forma personal de humillación.

Por todo esto debo enhebrar la aguja con tinta de otra ordenanza.

Amanecí con un fuego en los labios. Lo rozo intermitentemente con los dedos,

atestigua de algo que late entre estos muros y mi sangre. Pensé a ratos que nos había abandonado el aire.

(...)

Me pesaron los pies en recuerdo al día siguiente, llevaba ponderosa la cintura, habitada en él, en nos. Por un instante quebradiza, dos compuesta, de muñecas sueltas y poco arraigo. Me hendía la maña, la gana. No ataba palabra con otra, se caían los ingredientes de mis brazos de fósforo, la nuca dislocada en pensamientos. No cuajó la mayonesa, la salsa no engrosó. Ni que Luis hubiese echado un escupitajo, pero era yo, cortada en vinagre, desandando mi fiebre de cuerpo mientras hacía.

Lo de cariñarnos había indagado muy lejos, escarbando un nombre más sucio y suave que tiembla en el revés.

Me brotaban por la boca letras hasta la frente, oscuriendo la visión del mí a mundo, echando hacia adentro la sangre, palabras pulsadas, tictac líquido repetido en venas. En vano rostro se distampaba un canto orfevre, epifanía que por coro llevaba lo son *humanido*. Refregado, repercutido, mientras yo cocineaba canturrando.

Es corpe humanido cariñaban partías de un de mío. Ser. Fragaban en disconcerto, fregatas, friegando alanzas de nochizo jurare: tambala mandibuleo y el simiento. Ne timoro ni agano, alindámesos del foresto más cureado, solicio antro, esnuda pátula dos fertiente, avor es manos, arcaicio.

Humanido de solloz, salaz. Entario rego, mustanza solvia. Agracema enyuta sava, baj, por si alca cala vez endo sensuria, verse fore andúo demo tablo res.

Carto, lebo, gerga rebados por édalas, mis o que danan, ses soblos tremese, nerios cibran, nenga tuya.

Démono el viso, ablanse toreto, sagra, dáse, umento.

Is uñías, so acado: ora jere dabusto vivero y cuálido femento. Fimur toce en balana, eba lo causto jaura. Celo corrado, altesa mema y durído, calso legua. Atavo. Atavo humanido.

Estaba mal estibada.

Sentía verde la palma en las manos al cocinar. Como preparando engaño, un exordio de futuro acertijo. Lucerina me ayudaba a armarlos: *niños envueltos* para ese día, en nuestro lazareto.

(...)

En la fuente estaban alastrados y servidos, todos.

Estuve cuchareando en las ollas y revolví los ingredientes como quién prepara un juego de azar. Luego fui vertiendo sus contenidos en diversas bandejas, disponiendo un orden amoroso de exacta arbitrariedad.

Ensalcé a algunos y a otros los dejé ensimismados. Les di lecho de aromas,

profundidad de campo, densidad. O bien los dejé con lo que traían puesto, en el hueso, famélicos y parcos. Los dejé sueltos o los ligué, con colapez, manteca, ají de color. Moliendo un poco del uno para envolver al otro, colocando al rojo su sustancia, conduciéndolo hasta el final.

Introduje lo desfalleciente y blando, cuando en otros arreglos regía la cosa imberbe, dura como el enlozada del plato.

Hice experiencia de pigmentar, de enjorar con colores, cada una de las partes. La mayor iridiscencia venía con el trasvasije y la mezcla. La fiesta se iniciaba allí. De borrachera eran las tinturas y el jaspeo, de sucia y feliz promiscuidad. El carnaval era el Persa de las máscaras. Juntaba a unos, los revolcaba, mientras reservaba para otros la monosílaba y el soliloquio: los dejaba secos, sin contagio. La máscara era la apuesta más cara de cada uno.

Me ponía a hurguetear en el plato, hacía las partes jugando al luche, con su musiquilla feroz.

Alguien cogía la cuchara para servir: ¿yo? ¿mi madre? ¿el vagamundo? ¿Lázaro, Elías? ¿Luciano, acaso? Tembló en aquel momento el utensilio, vibró mi cabeza, como en momentos en que un nombre debe ser pronunciado.

No.

Cada cual partía a su guerra. En el vehículo señalado. Cada historia recolectaba su trozo –la figura destrozada que extraía del conjunto. Cada uno sujetaba un instante la cuchara repartidora y hacía su propia y extraña justicia: mi madre, el vagamundo de paso y mi padre cualquiera, mi hermano, mi hermana, el menor y mi hija, Alba. Luego Lázaro y Elías. No puedo transcribir sus porciones y medidas, por pudor, por odio, por olvido. Por amor, tal vez. Sí llamó mi atención que aquél que manipulaba el alimento, juez y madre, alquimista, era parco para dar a quien hacía inclinar su corazón, y exuberante con aquél que no entendía. Más que abundar dando, quien favorecía a otro lo hacía en el propio abandono, sacrificando su porción, de tal manera que era imposible, a continuación, saber por quién había abogado. También constituía cariño facilitar al amado el don de un fragmento de su ración a otro, permitir el trueque y la desafortunada circulación de las sustancias.

Mi madre que lo había comido todo, sin miramientos hacia nosotros, sus vástagos, mi madre vestal me hacía el presente de este viaje para huir de un sitio devastado: me forzaba al movimiento del hambre, única apertura.

Alba, mi Alba perdida, quizás yo misma en infancia, me dictaba desde la lejanía el nombre de los platos. Me soplabla palabras. Bautiza aquello que te abandonó, decía, invéntalo por alfabeto, dale halo con tu lengua: palabras, decía, sabores y palabras.

Luego Elías era rutilante y amargo. No podía yo morder sin liberar un

manjar que desdecía el primer gusto, el susto en mi paladar. Me invitaba a caer. Lázaro amasaba hasta hacer cuajar, cualquier desperdicio o materia recién arrancada del suelo, él la ligaría. Ataba mi risa a la de él, suspendidos como cuerpos ingrátidos, sin mezclar.

Zulema era laboriosa en el almacenaje. Precaviendo sus desastres y desamparos era que se volvía bodega, ella toda, botín permanente. Hormigueando, abejeando, abriendo la boca como reserva para futuras e insondables guerras.

Luciano pasaba la servilleta por los labios, limpiándose de algo que no había ingerido. Él, que no pudo tragar, nos hacía a nosotros devolver el alimento, rejitar aquello que a él le era indigesto. Quería vernos comer. Quería mordernos mientras comíamos. Comer mientras ardíamos.

Pan y circo.

Perdí los matices en esta última imagen.

(*El contagio*, Santiago, Cuarto Propio, 1997)

Los conversos

La cama

Retiro la ajustada ropa de calle que vestí aquel día de la prueba. La arrojo lejos, prenda por prenda, y me introduzco entre las sábanas con brusquedad. Siento estrecho el cuarto. Mis pies al moverse desarman el cubrecama de motivos infantiles. El catre está arrinconado bajo la ventana, entre el closet y la mesa de las tareas. Todo gira en mi cabeza, me enderezo y corro la cortina, miro la ciudad hacia afuera. La cama donde me hallo sentada se encuentra al otro extremo de las líneas que corren hacia el Centro. La cama en la cual siempre he dormido se ubica en el muro opuesto al escenario donde rendí mi prueba, con las mangas cortas, para el director de la tropa. Lo vio todo. Ahora ve cómo queda pequeña la cama para el cuerpo que actuó ante él, ve que es una esquina en un bloque de este lado de la ciudad y ve que tiemblo, que las temperaturas me impiden dormir. La aguja de sus ojos seguía cada movimiento que yo hacía, tenía temor que yo decayera, se colgaba de mi ademán, de cada postura que yo inventaba. Ve ahora que no sé qué hacer con las alas y el trapecio que me brotan en las tablas, ve que se transforman en este calor que me duele en las axilas, entre las piernas, en la boca, sentada en mi cama de infante mirando la ciudad que se aleja en su propio movimiento. Lara no entiende que la atraviese para subirme al estrado, me retiene con las mangas cortas y la basta que no quiere deshacer, con las monedas

que no alcanzan para viajar en metropolitano. El sudor que me cubre no es esa misma transpiración. Deslizo una mano para espantar la humedad de los vellos. No es la que me provocara esa agitación de la larga caminata hasta la sala de teatro, ni la impaciencia por dejar de mimar el miedo que se esperaba de mí y soltar por fin el animal que me tira hacia adelante. Tengo calor de su mirada. Mi animal se asusta de mí, de estar mojada y sola, sin público ni trecho por recorrer para alcanzar un destino. Mi madre y mi animal, mi atrás y mi adelante, se debaten. Mientras es así cierro las cortinas, recuesto la espalda contra la sábana tibia e introduzco bajo el cubrecama una palma que busca la fuente del sudor, el blanco de esa mirada que se pasea aún por mi cuerpo, los reflejos de las líneas de la ciudad que convergen en mí, estos pedazos de piel que junto en la estrecha cama del edificio de mi madre.

La covacha

–Comimos pan de mendrugo –dice la ronca voz de Lara, mi madre–, pedruscos de pan frío pretujados en un cuarto de bodega oscurienta que cedió el Pioneta Emilio. Entre un ir y volver de músculos, los brazos de Pompeyo y Calixto herían aspavientos de enrolarse en la faena. Convergíamos por anuncios colgados en muros largos, longas filas esperanzadas de gentes con bolsos soñolientos, madrugos tempestivos que arrancaban del sueño alarmada, sonsonete de gran ciudad soplando estampidos. Callejonié pajareando, conmensuré la distancia del marmor duro de trizar.

Prima fue Regina en reclutamiento. Dejó quemarse el pan, se fue a usinar en costura un lunes alborado. Lo miró mal, Pompeyo. Luego a bien, hizo de trueques con el Pioneta por masía de crédito, por nuestras expensas. Dentonces se fue yendo él, poco antes de Calixto, a cavar minas de subtierra, crecer inmuebles hacia abajo de aparcadero. Ningún reflector, ningún sol, banderines, ni vértigo en la cápita que dejaron en paro.

Hízte mange, me aspetaban reloj en mano, huyendo por el día oscuro, házte embuche para el regreso, a las seis, a las seis queremos dechar al diente. Yo salía llaves amarradas, empuñando un minuterero que me latía del bolsillo, un pordiosero corazón bramando mi pavura. Oscultaba las bocas del subte, sentía lo hermano picaneando la tierra, todos los agujeros su labor, mucha rejilla y túneles hacia abajo, otra villa espirando por la mascarilla hacia nuestra vereda. Nada para el diente a las seis, mas delectreaba yo para Calixto y Pompeyo las bocas delo recorrido, puertas de su cantera mayoritaria bajo el suelo, la villa sombría que vinieron, que dieron a conocer.

(...)

El Bulevar

Crezco hacia el Centro del ensayo. Avanzo por manzanas y más manzanas que son parte del huevo de mi barrio. Por la vereda del frente cruzo a diario hasta la escuela, al voltear la esquina está nuestro bazar, más allá el inicio del laberinto hacia la sablera, a mi derecha se encuentra la capilla de los bautizos y en algunas cuadras estaré en la plaza de los cesantes, la rotonda de los enamorados y luego la cancha del ataúd. Sigo la misma dirección que los aviones que pasan sobre mi cabeza, pero no me llevan. Mi barrio es un huevo que no se mueve.

Avanzo, siento dicha en las piernas. De este hormigueo viene el resorte que me lleva, viene de la dicha, una velocidad dulce que brota de la planta de los pies. Invado el asfalto, me adelanto a las calles, camino junto a ellas, me dejo abandonar. Estoy llena de mi marcha, aspiro el olor de mezclas en las esquinas y camino a mansalva. Avanzo hacia fuera del huevo.

Dejaré mi barrio en el lindero del Bulevar. Me soltará esa costra mucosa que debilita. El engrudo de familia se esparce y adelgaza y diluye en las cuadras, la cosa pegajosa que cocina y habla y barre en torno al mismo olor. La baba en el idioma de Lara, la tristeza que provoca en el silencio de Emilio, el diálogo que escucho enredarse en torno a nosotros y las pocas calles que circundan la casa son el huevo sin cáscara que rompo al avanzar.

Voy hacia adelante y el huevo, hasta cierto lugar, todavía lo es. Pero en el Bulevar, al cruzar el Bulevar, lo hago mío. Me hace húmeda y esponjosa y a todo viento escucho el diálogo que nos ensordece, amplificado por el Centro lo escucho, se hace audible en el colador de las calles, el bramido de la ciudad lame el cordón umbilical y me acerca voces, voces de dentro del huevo que van a dar al gran teatro de las avenidas, al gran desorden de las palabras por donde se quiebra y abre el líquido del huevo, y el trapo mojado de mis sábanas se hace traje, y sé idiomas, sé cómo se trizan las palabras antes de hablar, hablo esa lengua que viene del huevo blando que debilita y hablo cosas que me adhiere el hilillo en la baba de la cáscara de la ciudad, el idioma mojado de la urbe que van escupiendo los pordioseros, y esa yema pegada al paladar que expulsan los hombres secos hacia un costado de la acera, esa ostra en la garganta, esa maldición de humedad que se filtra en las cuentas, ese amargo sabor que repite la lengua de los negocios, esa gelatina que truecan en pedir y dar. Estoy atada ahora al casco viscoso del asfalto, al ojo lubricado que hace crecer rascacielos para alcanzar los pozos subterráneos que encierra el alto cielo. Voy empapada de mi huevo que me hace ver, voy en la mirada blanda que deslizan los paseantes fuera de mi barrio, del otro lado del Bulevar, y voy con el latido que nos pulsa la

garganta, esa cosa que sube como saliva, como sudor, como leche entre las piernas, leche clara y oscura, que sube pero llega de más allá, como piel de la piel, un tiempo extraño que tiembla en el aire de las calles, una resina sedosa que me brota y abraza y cubre de brillo, de pálido y resbaloso brillo sólo en el Centro de la ciudad, al derramarme hacia el ensayo.

El hospital

—Lara repetía que tenía un dios en el vientre. O piedras—certifica Regina. Cuando llenó las botellas de aquellas coloridas le pidió a Emilio que la llevara al policlínico. Una vez en el hospital sacó una carta arrugada del bolso de ambulatoria exigiendo que la despacháramos a su madre en Korsta. Yo la leí y la tiré al tacho de la basura para no alarmarlos. Escribía sobre una ciudad de mármol en pleno mar, construida con las canteras de Korsta antes del agotamiento. *La hicimos nosotros, escribía, antes del peladero y la gran hambruna. Para que suban y bajen las gentes por los riscos agujereados de ventanas y, por sobre todo, escribía, para que descansen del duro trabajo de jornaleros en los prados que esconden los edificios, para que guarezcan sus camas, y dentro de ellas sus cuerpos, y en ellos sus amores.* Así decía su misiva. No había sabido donde estaba. Pensaba que los campos y las canteras eran el único trabajo, y los inmuebles sólo biombos donde jugaba la gente a vivir, haciéndole de sombras chinas para su espectáculo. *Soy feliz, insistía una y otra vez, soy feliz de Emilio. A mejorarme de él y de un dios que me nació bajo las faldas me voy al Dispensario,* escribía. Que se trasladaría en barca a ese hospital de ultramar, porque la ciudad eran canales y lagunas, pozos de superficie, mentía tu madre en la carta que yo le impedí despachar a Korsta.

El living

—¡Cómo pesan las piedras que portan los aviones! —dice mirando por la ventana— ¡cómo llenas que van! Llevan un peso datrás como yo. Arrastran canteras que van robando contra el cielo, contrabandan nuestra montaña de rocas que cuelgan del vientre metálico en las flechadas aves.

Me asomo hacia afuera junto a ella y ausculto el cielo. Veo el pecho de los aviones al despegar, presiento su esfuerzo por elevarse. La melancolía me oprime el cuerpo, no tengo cómo ubicar nuestras reservas de rocas, el despojo tiene por color el plateado de la ciudad al atardecer. El hurto se encuentra atrás, lo ha dicho varias veces. Mas cambia el paisaje a mis espaldas, según si

miro hacia adentro o hacia afuera. Adentro es nuestra casa, afuera la ciudad. Pero también la ciudad es nuestro adentro, cuando paseamos, y el edificio donde se encuentra nuestra casa, afuera.

–¿Qué es *atrás*? –le pregunto.

–Nombre de hambre, Nesla. Atrás de un remolino, mucha agua. Agua de aquí hasta no ver.

–¿El río nuestro?

–Más. Un puerto, y otro, y otro. Y así, indemente. Un puerto.

¿El puerto será un adentro y el mar afuera? ¿O lo contrario? Me apoyo en la ventana hasta que me da mareo y luego voy a la cocina, entrechoco la loza para recordarle que ya es hora de almorzar. Pelamos las papas, sumiéndolas en un bolo de agua, como piedras para comer.

(...)

La cocina

Me arrastro entre el calor del horno y el frío que desprenden las baldosas bajo mi cuerpo. Las capas de algodón que me envuelven aminoran el movimiento, pero logra el gélido verde nilo del piso atravesarlas y hacerme cosquillas. Juego con ellas, las cosquillas, de un lado a otro. Las reparto en mi espalda mientras miro el tubo fluorescente en el centro del cielo en la cocina. Debajo de él está la mesa redonda, y sentadas por sobre mí conversan Lara y Cristen. Cristen ayuda siempre a mi madre a vestirme. Son ellas que se consultan para forrarme con más capas de algodón y dejarme luego bajo ellas, en el piso. Voy entonces a las cosquillas, a nadar por el liso verde nilo y volcarme luego de espaldas mirando la luz.

–Al principio –repiten Cristen y mi madre.

Hablan de sacarse la ropa, hablan de esplendor, dicen un nombre.

–Urbano –repiten Lara y Cristen.

Conversan quedamente. Fijo la luz para escucharlas, me aferro a ella para entender. Presiento que hablan de mí sin hacerlo.

–Sentados en la taza del baño, sujeta al canto de la claraboya, de espaldas, de frente, de cuclillas. –Pego la cara al suelo para disimular que retengo estas palabras, que deseo crecer. La superficie limpia de las baldosas verde nilo refleja el brillo del neón, pero sé que hablan de otra luz, murmuran en otro encendimiento.

–Aureolas –dicen.

Apagan la voz y mueven las manos. Dan vueltas a algo líquido sobre la

mesa, escucho. Revuelven algo que es más untuoso que mi comida. Lo que me dan a mí en la boca no resbala como sus palabras, no fluye ni me riega, no ilumina mi cuerpo empaquetado ni ayuda a soltar las capas de algodón.

Se han quedado en silencio. Amasan algo o desean hablar de mí. Sé que lo hacen sin decirlo, sé que estoy en ese hueco.

-No tiene el rostro de Urbano, tiene el tuyo.

Pongo un cachete sobre la cosquilla fría que sube de abajo, luego el otro. Desde allí veo el calendario que cuelga de la pared. No tengo algo que mi madre tuvo, algo me falta que ella quisiera tener. Estoy en el piso. Sobre la mesa manosean algo viscoso que tiene que ver conmigo pero que no tengo. Están lejos del frío de las baldosas, es otra cosa que les da cosquillas, las palabras, las cosas de las palabras, esa luz que no es el neón.

(...)

El paso sobre nivel

A Lara le gusta el viento. Le gusta que los aires se froten contra su rostro. Áspera o suave, mi madre sonrío cuando la brisa nos cierra los ojos y nos hace lagrimar. Esos días elevados nos izamos nosotras hasta el paso sobre nivel y desde el puente miramos la avenida más veloz de nuestro barrio, observamos los enormes camiones que corren con sus bultos bajo nuestras piernas, vemos cómo todas las máquinas ingresan en el túnel y cómo vuelven a salir a nuestras espaldas sin transformarse, sin saber que pasaron por nosotras. A veces llevan música, un breve y estridente canto más fuerte que los ronquidos de las ruedas que estalla y se amplifica en el eco del hoyo sobre el cual estamos paradas viéndolos pasar. El viento hincha la tela de los remolques y pasan por debajo nuestro tambaleándose y temblando, como si al otro lado fueran a emerger sin piel, con las mercancías y los secretos que llevan descubiertos, a la luz del viento que levanta y desordena y mezcla todo con todo. Esos días quiero a mi madre porque no ha cortado mi cabello, aunque en la escuela se rían de mí. El viento hace de las mechas que vuelan en torno a mis ojos jirones de calle, jirones de rápidas máquinas, jirones de ciudad y me tranquilizo. Desde los ventanales de nuestra casa la ciudad da miedo, parece haberse completado hace tiempo, es una sola y sin nosotras, es entera y grande y de algún modo en ella no cabe mi mamá. Esos días de ráfaga amo el viento que no separa a mi madre de la ciudad. Somos enteros, nosotros, y los pedazos son la ciudad.

-¿De quién es el viento, Lara?

-De ninguno, mamá.

Corren los vehículos como un río ignorando el viento que azota los parabrisas y nuestras caras.

—¿De quién es la calle?

—De nesún, de nadie, de ti a mí.

Entre las hilachas de mechas la miro a ella jugando a cerrar y abrir los ojos.

Los edificios a los costados hacen de la avenida una quebrada y nosotras somos peatonas del viaducto, somos parte del paisaje en el libro escolar que manoseo y forro sin descanso.

—¿De dónde viene el paisaje, Lara?

—De ojear, mamor. Así, abrí el coraza, abrí lo ventanal del huoco, del buraco, y viste la cosa mensa, el pasaje de mirar.

A poca distancia nuestra se leen carteles grandes con nombres de barrios que aparecen en las noticias. Hay flechas rectas y otras torcidas.

—¿De quién es yo?

Lara demora en contestar, aunque habla rápido.

—De una espuma, Nesla.

(...)

Tengo por sanción el encierro de mi soledad en una celda del Archivo.

La Gran Ciudad ha dispuesto una pesada maquinaria sobre mí, sus recursos deben perseguirme, la ayuda tornarse acoso, caza. Vivo bajo luz artificial. El amarilleo de los neones inunda el cielo de este cuarto carente de huecos por los cuales ver pasar las estaciones, la noche y el día, la sombra de las nubes, el temblor de los árboles en la brisa, los edificios oscurecidos en el atardecer. Esta atmósfera amacigada me la depara la Gran Ciudad, este útero letrado, esta inocencia cargada de datos, esta caja negra sobreiluminada.

(...)

Duermo y consulto. Transpiro en los papeles, anoto. He inventado los archivos nocturnos y los de plena luz. Sus capítulos son mi jornada y mi descanso, el latido de lo que fue corazón. Mi pulso de goma bombea oxígeno: extraigo razones, alcances, listas, numeraciones y fechas. Los órdenes confluyen en gélida armonía, cruzo los archivos del Reino, de la Iglesia, del Estado, de la Gobernación. Se sobreponen y completan sus escrituras, todo fue registrado. Debo saber quién soy, allí se encuentran, remontados como reloj, los títulos que me componen, el lugar donde fueran otorgadas esas letras, acopladas, vencidas. Descienden los papeles y los nombres. Hay constancia del trueque, de aquel gran mercado de donde nace mi apelativo. Poseo todas las ramas, mas falta la savia. El viento, la sangre.

Los días han sido palotes.

Los datos transpiración que entra y sale sin hacerme vivir, suero vacío, cordón umbilical roto ya. Tal vez sea éste el tormento proscrito por el Carnicero de Flesh, y ello mismo no pudo ser averiguado en las aguas de la pantalla.

He soñado mi respiración como fardo de hielo. Mis ojos resquebrajados se abrían a un blanco bloque gigante flotando sobre aguas gélidas, amarrado con papeles y periódicos, a la deriva por las brumas verdegrises de un mar en las antártidas del mundo. Viví el cielo como este fardo esparcido en bruma, sin horizonte, él mismo a la deriva en un rincón extraviado de los continentes, en la punta del mundo, en el fin del mundo de mi glauca mirada, rasguñada por el frío sin fin, aterida de soledad en los confines del globo. Había muerto en lo verdegris de la bruma, no había océano ni cielo, noche ni día, mi ojo se agarraba a ese bulto, era ese bulto de papeles y hielo atado con huinchas en el soliloquio de los campos del frío. Había muerto a mí.

Se suspendieron las noches y hubo un sólo gran día, blanco como página. Sobre él se escribía a sí mismo el vocablo *Dios*.

Mi insomnio era el trabajo de Dios. Yo era su delantal.

Dios-insomnio sueña, capítulo por capítulo, un episodio que se ha apoderado de mí. Despierto cada vez que ocurre el olvido, son él sus puertos, su puntuación. Los nombres de greda arman y desarman un cuerpo, no puedo con ellos.

Dios-memoria está en el Archivo, fotocopiando las fichas, navegando en busca del embarcadero que entrega los nombres de partida, las partidas de nacimiento.

Dios-Archivo quiere una lista, soy la jornalera de sus preguntas. Las semillas que encierra la máquina deben ser abiertas, descodificadas.

Trabajé como corresponde a una buena hija.

Hasta que el día cuarenta y seis de los palotes, seis días más tarde que la cuarentena y uno antes del día de guardar, hallé en el suelo, en un rincón del imberbe Archivo, en la superficie lisa como podían serlo en ocasiones las baldosas de la cocina en mi casa, una pelusa de mugre, un pequeño ovillo de vida que me miraba. Era mío. Mi agitación había gastado el espacio, allí se apelonaba un pequeño latido. Por ahí podía entrar y salir, trenzar el miedo, sentirlo. En el nido de miedo avanzaban todos los barcos, y junto con el miedo, el deseo de viajar, de ensayar una tierra virgen lejos del Dios-pirámide, de los peldaños de Dios.

Me encuentro, ahora, lejos de todo, como ellos.

No hay Dios.

Dios-temor no cambia de barco, no trasborda. Viaja la pelusilla del miedo, loca por llegar. Se arremolina en el agua, bajo la goma de los pisos, entre las lenguas, en las gotas de sudor. Se convierte en el contacto con las pieles, se desmadeja y se abre, se enreda con otros filamentos, en el viscoso deseo adherido a las cuadernas de la navegación que lleva su tumulto.

No hay origen. Hay pelusas, semillas desparramadas por los barcos.

Yo soy la "A" de amor que las diferencia y las une, que hereda su división.

(...)

El Carnicero

Soy un deseo rayado, que canta al revés.

—¿No quieres hablar? Tenemos cómo hacerte hablar, muñeca. Crees que has actuado toda tu nada, pero tenemos otras máquinas de hablar que anonadan más aún.

El cuerpo de Emilio

Siento, desde que escucho su voz, la trizadura de un vidrio. Siento un cuerpo posado sobre vidrio, siento las botellas de sus pies.

Algo se rompe en mí al adivinar el cascabel de los cristales que sujetan a mi padre, las aristas biseladas una y otra vez por él. Mas sé lo que duele moverse. Sé con qué cautela pisa, sé que no puede apisonar, que no tiene apoyo, que los frascos en sus piernas son el blanco de patadas, que un empujón lo derriba, que cuelga de aquella posibilidad, que huye de ella, que la esquivaba.

—Nesla ¿estás bien?

o quiere de otras cristaleras, no quiere que conteste al suyo otro acento quebrado.

—Estoy bien, Emilio.

—¿Te dan de comer?

—Sí, Emilio.

—¿Estás segura que no pasas hambre?—Despeja la garganta. Retiene el timbre de la voz para que no caiga— ¿Tienes lectura, te dan lectura?

Emilio me tiende su armadura. No puedo explicarle. Hay libros que dan vuelta por el aire y que no consigo aquí tocar. Hay libros que no son escudo sino carne, están escritos por el revés de los ojos. Son distintos de aquellos que me ofrecía al fondo del pasillo del departamento en la ciudad, por

acercarme a ella, por tachar la distancia en la cual yo estaba arriba, en el edificio de mi madre.

–Sí, leo.

Emilio percibe el temblor en mis labios. El silencio que sigue entre los dos es la voz afónica de la ley de la ciudad que nos separa. Quiere que lo lea pero no que lo escriba, el dolor.

–¿No tienes frío?

–Ni frío ni calor, papá. –No pude agregar “estoy bien”. Dije: –“Sácame de aquí”. Como mi madre, pero no lo dije.

–Pompeyo te va a sacar de aquí.

–Pompeyo pide, como él, cambiarme el hambre –se me traba la lengua en el paladar– digo, el nombre.

La pausa que sigue es la del nombre de mi padre, él espera. Tiene frío. Está solo contra todos con sus pies de botella. Es el pioneta y nosotras hemos llegado para acompañarlo, llenar de arena, de tierra, de piedras las botellas de sus pies, para darle asidero a su andar. Lara canta canciones y yo leo sus libros, lleno sus libros.

–Házlo, Nesla. Cambia tu nombre.

– o deseo cambiar tu nombre. No voy a hacerlo.

El pioneta trafica con las islas que somos los inmigrantes, lleva y trae comestibles, recibe y distribuye libros, escucha idiomas y sueña, el pioneta, sueña que no es él. Sueña ahora que no soy yo tras las rejas de la Gran Ciudad. Quiere soñar que no le sucedió a su hija, en la ciudad que ha sido suya. Que leo un libro que habla de una hija que leyó un libro en el cual la hija se hallaba en el presidio construido por los inmigrantes. Que perdió a una hija dentro de un gran libro que no había alcanzado a terminar.

–Es la condición del alcalde, Nesla.

–Es mi nombre, papá.

Se aleja el ruido vidrioso del silencio de mi padre, queda su ausencia aplastada contra el ventanal, adherida a los audífonos mudos, a los huesos de mi nombre.

(*Los conversos*, Santiago, LOM Ediciones, 2001)